



IN UNUM

Publicación Mensual
ISO ARGENTINA
MARZO 2018



Bendice mis manos

Señor, bendice mis manos
para que sean delicadas y sepan tomar
sin jamás aprisionar,
que sepan dar sin calcular
y tengan la fuerza de bendecir y consolar.

Señor, bendice mis ojos
para que sepan ver la necesidad
y no olviden nunca lo que a nadie deslumbra;
que vean detrás de la superficie
para que los demás se sientan felices
por mi modo de mirarles.

Señor, bendice mis oídos
para que sepan oír tu voz
y perciban muy claramente
el grito de los afligidos;
que sepan quedarse sordos
al ruido inútil y la palabrería,
pero no a las voces que llaman
y piden que las oigan y comprendan
aunque turben mi comodidad.

Señor, bendice mi boca
para que dé testimonio de Ti
y no diga nada que hiera o destruya;

que sólo pronuncie palabras que alivian,
que nunca traicione confianzas y secretos,
que consiga despertar sonrisas.

Señor, bendice mi corazón
Para que sea de verdad orionita
para que sea templo vivo de tu Espíritu
y sepa vivir la caridad;
que sea generoso en perdonar y comprender
y aprenda a compartir dolor y alegría
con un gran amor.
Dios mío, que puedas disponer de mí
con todo lo que soy, con todo lo que tengo
Para ser todo para todos
Como lo hizo DON ORIONE
Amen

ESCUCHEMOS A DON ORIONE!!

EL DESEO DE LA SANTIDAD :¡Almas y almas!

Tortona, 9 de mayo de 1914.

Yo no deseo otra cosa más que seáis buenos y perfectos religiosos fundados en el espíritu de nuestro Instituto, que es espíritu de humildad y de abnegación de nosotros mismos. Lamentablemente, queridos hijos míos, en esta última visita me pareció que este espíritu de sacrificio, de mortificación, de oración, de abnegación de nosotros mismos, de caridad hacia los hermanos y de verdadera humildad no ha entrado todavía suficientemente en algunos de

vosotros, mientras en otros, para gloria de Dios y bien de nuestra pequeña Congregación, vi que este buen espíritu religioso se va radicando muy bien. La raíz de los males que he notado en algunos es cierta vanidad, cierta ligereza y espíritu de contradicción y de falta de caridad. Debéis ser dulces en vuestro hablar y nunca pero nunca usar acritud ni obstinación con vuestros compañeros. Algunos sois todavía muy mundanos y habláis demasiado de cosas no espirituales y que no edifican para la santidad. Sed simples, queridos hijos, sed siempre como niños en las manos de vuestro superior y no le escondáis nunca nada de vuestra alma. Debemos ser siempre como niñitos, sin tener la ligereza de los niñitos; tener pureza de alma, simplicidad, confianza, fe, generosidad, humildad. Si siempre somos niños de este modo, entraremos, como dice el Señor en el Evangelio, en el reino de los cielos, que es el reino de los humildes, que no tienen voluntad propia, sino que su voluntad es la de Dios. Dios se manifiesta y se complace en morar en aquellos que sienten su humildad, los que son como nada por amor de Dios.

Su voluntad se revela y se cumple en aquellos que han renegado y han vencido su propia voluntad y no quieren otra cosas más que el mismo querer de Dios. Y así, mis queridos hijos en Jesucristo, me ha dado mucha pena veros a casi todos dormir durante la S. Meditación. ¿Cómo nos santificaremos sin meditación? Por caridad,

forzaos vosotros mismos; el que duerme de ese modo en la iglesia no se hace santo. Me ha producido una impresión dolorosa, os lo digo delante del Señor. ¡Pobre la Congregación si crecéis indolentes y perezosos en la meditación! Vuestro superior está autorizado a anticipar el descanso a la noche o aumentar el de la siesta, con tal de que se pueda hacer bien la meditación. También os suplico que cuidéis más la limpieza y el orden de las camas y los dormitorios, y os recomiendo la puntualidad en la iglesia y en los diversos trabajos y oficios. Recordemos, queridos amigos, que lo debemos hacer por el Señor y que Dios no bendice ni le pueden agradar las obras hechas con negligencia. Queridos hermanitos míos, busquemos la santidad, pero enseguida, no esperemos más, ¡no tardemos! ¡La santidad! ¡El deseo de la santidad! Todo lo demás vendrá atrás de esto; los designios de Dios se cumplirán en mí y en todos vosotros. La Santa Iglesia, el Papa, el pueblo creyente y el pueblo aún pagano, los no bautizados como los bautizados, los justos como los pobres pecadores, no tienen nada que esperar más que de la santidad. La Iglesia necesita un grupo de santos. Y bien, ésta es la voluntad de Dios, su voluntad cierta sobre nosotros: que nos hagamos santos. “Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación”. El rostro del Señor. La Providencia del Señor está dirigida hacia los generosos, los que quieren hacerse santos. El Paraíso no es de los perezosos, no es de los comodones; es de quien se hace violencia, de quien reza, de

quien se reniega, de quien vive de humildad y de caridad. También deseo mucho que estudiéis; pero recordad que el estudio más importante es el de la virtud. ¡Se santos! Si tenéis siempre presente el fin de nuestra vocación, tan simple y tan sublime; si procuráis enseguida y todos reprimir en vosotros mismos todo sentimiento de vanidad, todo discurso o palabras de vanidad, de mundanidad, de ligereza mundana, si evitáis las cuestiones y las disputas animadas, hablando con gran desconfianza de vosotros mismos, hablando con simplicidad, con dulzura con docilidad hacia la verdad y la autoridad de los demás; si deseáis estar escondidos y ser verdaderamente despreciados por amor a Cristo Nuestro bendito Señor, entonces sí que os haréis santos, con la ayuda de Dios. Con esta esperanza y confiando en que en este mes de mayo, por la intercesión de la Sma. Virgen, aprovecharéis mucho, os bendigo a todos y a cada uno; en Jesucristo, en María Sma. y en el amor al Vicario de Jesús en la tierra, soy vuestro hermano y padre afmo. en el Señor.

Sac. Luis Orione de la Divina Providencia

INTENCION DEL MES DEL PAPA FRANCISCO

“Para que toda la Iglesia reconozca la urgencia de la formación en el discernimiento espiritual, en el plano personal y comunitario”,

“El discernimiento espiritual es la brújula que nos permite reconocer la acción del Espíritu Santo en nuestra vida, en nuestras comunidades y en el mundo. Hoy como ayer Dios continúa actuando y acompañando a su Iglesia, pero muchas veces no reconocemos su voz”

PAPA FRANCISCO: “*Perdonar para ser perdonados*”

Martes, 6 de marzo de 2018

«Lamentablemente» y «siempre que»: con estas dos expresiones el Papa Francisco ha explicado qué es y cómo se vive realmente y hasta el fondo el perdón. En la misa celebrada el martes por la mañana 6 de marzo en Santa Marta, el Pontífice sugirió no avergonzarse de acusarse a sí mismos de ser «lamentablemente» pecadores. Y recordó que el Señor está siempre preparado para perdonarnos «siempre que» nosotros perdonemos a los otros.

«Siempre en este camino de conversión que es la Cuaresma hoy la Iglesia nos hace reflexionar sobre el perdón» hizo notar enseguida el Papa, preguntándose: «¿Qué es el perdón? ¿De dónde viene el perdón?». Para responder a estos interrogantes Francisco hizo referencia a las «dos lecturas de hoy» que, dijo, «podemos explicar con dos palabras sencillas: lamentablemente y siempre que». Son precisamente estas «las dos palabras del mensaje de hoy: lamentablemente y siempre que».

En la primera lectura, tomada del libro de Daniel (3, 25.34-43): «Y Azarías, de pie en medio del fuego, reza al Señor y pide: “No nos abandones para siempre, Señor, míranos”». Azarías «estaba en el fuego porque no había querido adorar al ídolo: adoraba solamente a Dios». Y de hecho «él no reprochaba a Dios, no dice: “Pero mira, yo me he expuesto por ti, he dado la cara por ti ¿y tú me pagas así?”». Por tanto Azarías «no dice esto; va a la raíz» y pregunta: «¿Por qué me sucede esto a mí y nuestro pueblo? Porque hemos pecado. Tú eres grande Señor, tú eres grande. Tú nos has salvado siempre pero, lamentablemente, hemos pecado. Nosotros queríamos servirte pero, lamentablemente, somos pecadores».

Precisamente «en ese momento —reiteró el Pontífice— Azarías confiesa el propio pecado: el pecado del pueblo. Se acusa a sí mismo». Y de hecho, «la acusación de nosotros mismos es el primer paso hacia el perdón: “Señor, no retires de nosotros tu misericordia. Nos hemos hecho pequeños, hemos pecado. ¡Si pudiéramos ser acogidos con el corazón contrito, con el espíritu humillado!”». Es así por tanto, la acusación a sí mismos: «Hemos pecado, tú eres grande, lamentablemente he pecado».

«Acusarse a sí mismo es parte de la sabiduría cristiana» insistió el Papa. Ciertamente no es sabiduría cristiana «acusar a los otros». Es necesario sin embargo acusarse a «sí mismo» y afirmar: «yo he pecado». Y «cuando

nosotros nos acercamos al sacramento de la penitencia», sugirió Francisco, es necesario «tener esto en la mente: Dios grande que nos ha dado tantas cosas y lamentablemente yo he pecado, yo he ofendido al Señor y pido salvación». Pero «si yo voy al sacramento de la confesión, de la penitencia, y empiezo a hablar de los pecados de los otros, no sé qué busco» afirmó el Papa: seguramente «no busco el perdón». Más bien «trato de justificarme y nadie puede justificarse a sí mismo, solamente Dios nos justifica».

«Me viene a la mente —confió Francisco— esa anécdota histórica de una señora que se acercó al confesionario y empezó a hablar de la suegra: qué hacía la suegra, cómo la hacía sufrir». Y «pasados quince minutos el confesor le dice: “Señora, está bien, usted ha confesado los pecados de su suegra, ahora confiese los suyos”».

«Muchas veces vamos a pedir perdón al Señor justificándonos, viendo qué cosa mala han hecho los otros» reiteró el Pontífice. Pero la actitud adecuada es reconocer que, «lamentablemente, yo he pecado». En resumen, «acusarse a sí mismo». Y «esto le gusta al Señor, porque el Señor recibe el corazón contrito». Al respecto son claras las palabras de Azarías: «No hay desilusión para aquellos que confían en ti». Porque «el corazón contrito dice la verdad al Señor: “Yo he hecho esto, Señor, he pecado contra ti”». Pero «el Señor le tapa la boca, como el padre al hijo pródigo, no lo deja hablar: su amor lo cubre, perdona todo».

«Acusarnos a nosotros mismos», por tanto. «Cuando yo voy a confesarme, ¿qué hago? ¿Me justifico o me acuso?» es la pregunta planteada por Francisco. Con la sugerencia de «no tener vergüenza, él nos justifica: “Señor, tú eres grande, me has dado muchas cosas, lamentable, he pecado”».

«El Señor nos perdona, siempre y no una vez» reiteró el Pontífice. «A nosotros —añadió— nos dice que perdonemos setenta veces siete, siempre, porque él perdona siempre: “Yo te perdono, pero siempre que tú perdones a los otros”». Y haciendo referencia al pasaje evangélico de Mateo (18, 21 – 35), el Papa hizo presente que «si tú vas a pedir perdón al Señor como este siervo, ¡el Señor lo perdona! Pero después si el siervo no perdona a su compañero...». Y así, añadió, «el perdón de Dios viene fuerte a nosotros, siempre que nosotros perdonemos a los otros». Pero, advirtió Francisco, «no es fácil esto porque el rencor pone nido en nuestro corazón y siempre está esa amargura». De hecho «muchas veces llevamos con nosotros la lista de cosas que me han hecho: este me ha hecho esto, me ha hecho eso, me ha hecho esto». Sin perdonar.

«Un confesor —prosiguió el Pontífice compartiendo otra confidencia— me dijo, una vez, que se encontró en dificultad cuando fue a dar los sacramentos a una anciana que iba a morir. Se confesó bien la anciana de sus pecados y, también, contó historias de familia. Y él dijo: “Pero señora, ¿usted perdona a estos familiares?” —“No, no perdono”». La mujer, afirmó el Papa, estaba «apegada al odio, el diablo la había encadenado a ese odio». Y así «esa anciana —¡anciana!— que iba a morir decía: “no perdono”». El confesor, dijo Francisco, trató de hablar de Jesús, que era bueno y ella decía que sí, era bueno y así daba la vuelta, daba la vuelta, daba la vuelta y le dijo: “¿Pero usted cree que Jesús es bueno?” —“Sí, sí”». Y el confesor «dio la absolución, pero el odio la esclavizaba».

«Te perdono, siempre que tú perdones a los otros: estas son las dos cosas que nos ayudarán para entender el camino del perdón» concluyó el Pontífice. Y después se debe «dar gloria a Dios: “Tú eres grande, Señor, me has hecho muchas cosas buenas, lamentablemente he pecado. Perdóname” —“Sí, te perdono, setenta veces siete, siempre que tú

perdones a los otros”». Que «el Señor —añadió— nos haga entender estas cosas».

AVE MARÍA Y ADELANTE